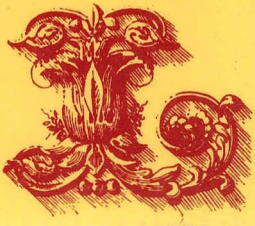
Wilhelm von Humboldt

ESCRITOS SOBRE EL LENGUAJE

ediciones península
historia/ciencia/sociedad
225



Wilhelm von Humboldt

ESCRITOS SOBRE EL LENGUAJE

Edición y traducción
de Andrés Sánchez Pascual

Prólogo de José María Valverde

ediciones península®

Títulos originales alemanes de los cinco textos seleccionados:

Über das vergleichende Sprachstudium in Beziehung auf die verschiedenen Epochen der Sprachentwicklung

Über den Einfluss der verschiedenen Charakters der Sprachen auf Literatur und Geistesbildung

Über das Entstehen der grammatischen Formen, und ihren Einfluss auf die Ideenentwicklung

Über die Buchstabenschrift und ihren Zusammenhang mit dem Sprachbau

Über den Dualis

La versión de estos textos ha contado con una «Ayuda a la creación literaria. Modalidad de Traducción» (1990), otorgada por el Ministerio de Cultura.

9510290

401
Hum

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las Leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de estos ejemplares para su distribución en venta fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.

Cubierta de Jordi Fornas.

Primera edición: mayo de 1991.
© por la traducción: Andrés Sánchez Pascual, 1991.
© por el prólogo: José María Valverde, 1991.
© de esta edición: Edicions 62 s|a., Provença 278, 08008-Barcelona.

Impreso en Limpergraf s|a., Calle del Río 17, Nave 3, Ripollet.
Depósito legal: B. 15.148-1991.
ISBN: 84-297-3244-6.

La capacidad de hablar —resulta perogrullesco decirlo— es lo que nos constituye como seres humanos, más bien que el poder ser definidos como «animal racional» u *homo sapiens sapiens*. Pero, quizá por ello mismo, la humanidad ha vivido y hablado durante miles —o millones— de años sin tener más que una conciencia confusa, si es que no nula, de qué sea esa capacidad de palabra, dándola por supuesta casi como algo natural, lo mismo que el respirar, aunque quizá con algún vago residuo de creencia en su poder mágico sobre la realidad. Y ello, casi siempre, sin reconocer que otros tengan otras palabras para lo mismo: si aparece alguien que haga otros ruidos con la boca, son meros ruidos, es un bar-bar (bárbaro), un tar-tar (tártaro), un bereber, no un semejante, y se le puede esclavizar o matar. Admitir que haya otras lenguas es un salto adelante en la historia moral, y podría llevar a la conciencia de lo que es el lenguaje, pero ésta ha tardado mucho.

A partir de un momento dado en la historia, con el desarrollo del pensamiento abstracto —típicamente, la filosofía— algunos asumieron una peculiar idea del lenguaje, que implicaba desvalorizarlo y malentenderlo: al soñar un mundo de conceptos puros, nítidos, en total armazón lógica, las palabras se reducían a envoltorios para transmitir esas referencias de valor unívoco. El *logos*, que en principio era, a la vez y sin necesidad de distinción, «razón» y «palabra», se bifurcó en estos dos sentidos, para mengua del segundo. Como mucho, la tradición escolástica se plantearía la cuestión del significado de los sustantivos, la *suppositio*, digamos la relación entre el vocablo «mesa» y el objeto que suele tener delante el profesor, apuntando siempre a los «universales», siquiera fuera mediante convención en un *flatus vocis* verbal.

La toma de conciencia de lo que de hecho es el lenguaje ha resultado extrañamente reciente, y todavía hoy, aunque se extiende como un virus, alcanza sólo a una pequeña parte del mundo cultural. Además, como se puede ver estudiando el caso del que mejor cabe considerar como padre de la teoría lingüística, Wilhelm von Humboldt, su gran arranque tuvo lugar a través de una enredada ambivalencia: ese que cabría llamar «giro copernicano» lingüístico, iniciado en él bajo signo romántico, rompía, ciertamente con el prejuicio clásico de «concepto-a-través-de-término», pero lo hacía cayendo en otros prejuicios de entre los cuales costaría trabajo en nuestro siglo extraer la más escueta y elemental comprensión de lo que es hablar.

En efecto, en la coyuntura de finales del siglo XVIII y principios del XIX, si por un lado crecía la impaciencia ante lo que tiene el lenguaje de material, limitado y vulgar, por otro lado se sentía la invasión de un impulso universal en que el lenguaje asumía el protagonismo, animado por un impulso divino. En el primer sentido: para la orgullosa ambición del intelecto, siempre ha de parecer humillante que toda la vida mental haya de darse en algo tan modesto y aun tan tonto como es el lenguaje, ese río de palabras y gramática que nos empapa y arrastra. Igual que la famosa paloma de Kant estaba tentada a suponer que volaría mejor en un espacio vacío, sin la resistencia del aire, así el intelecto tiende a suponer que pensaría con toda plenitud si no fuera por ese límite y ese estorbo que son las palabras. Goethe, más bien desdeñoso del lenguaje, acertó al situar el escalón final en el descenso de Fausto, dejando entrada libre a Mefistófeles, en el momento en que, al ir a traducir el comienzo del Cuarto Evangelio, le parece poca cosa escribir: *Im Anfang war das Wort*, «en el principio estaba la Palabra»:

Ich kann das Wort so hoch unmöglich schätzen
Ich muss es anders übersetzen

(«Me es imposible valorar tanto la Palabra. — Tengo que traducirlo de otro modo.») Y después de probar con *der Sinn*, «el sentido», y *die Kraft*, «la fuerza», se satisface con *die Tat*, «la Acción». No es extraño que más adelante se lea: *Gefühl ist alles; Name, Schall und Rauch!*, «el sentimiento lo es todo; el nombre, ruido y humo!» Por su parte, Hegel, en la *Estética*, dice que en la creación poética, ya fronteriza de la cumbre filosófica, el lenguaje está reducido a casi puro espíritu, con su materia volatilizada.

Pero mientras tanto, ya se había producido una interpretación a la vez afín y opuesta a ésta, el giro decisivo, aunque provisionalmente descaminador, en cuanto a la comprensión del lenguaje: como preludio al idealismo filosófico, se intuyó una vasta irrupción de lo supremo —lo ideal, lo divino, o como se quiera—, dando sentido y valor a la realidad concreta, y sobre todo a nosotros mismos. Para ese sentir, en nuestro espíritu se manifiesta algo transcendente que le impulsa a ser más y mejor —sin importar que los estorbos materiales impidan la realización de ese ideal ascendente. Tal enorme aliento tiene su manifestación en nosotros, antes aún que en la conciencia moral, en la fuerza que nos ha humanizado llevándonos a hablar. Y el hablar, antes y aun aparte de que sea decir algo concreto, es la forma del efluvio superior y elevador que nos dignifica, primero como raza humana y luego como individuos.

De camino a tal sentir, no intentaremos esbozar un mapa de los tanteos del siglo XVIII hacia la comprensión del lenguaje —así Locke, Berkeley, Condillac y sobre todo Rousseau—: todos ellos, inevitablemente, dados sus supuestos básicos, tenían que caer en el mismo atolladero —al fin y al cabo, tema de curiosidad inevitable para cualquiera, incluidos nosotros mismos—: el de preguntarse ante todo por el origen del lenguaje, por cómo se empezó a hablar, cuestión intrigante de la que modernamente suele prescindir la lingüística (evitando así extravagancias como las del libro de Diamond, pero dejándonos profundamente insatisfechos). Cabía, por las buenas, ver el len-

guaje como don de Dios, y así lo hace Hamann, «el mago del Norte», el paisano de Kant, enemigo de la «puta Razón» y fanático de la creencia. Sin conocerle, el *émigré* vizconde de Bonald diría que el lenguaje es el legado de la primitiva revelación divina, no por ningún contenido concreto o mensaje, sino por su misma existencia. Pero antes de que éste escribiera, la Academia berlinesa, en 1769, abrió un concurso sobre ese tema, que fue ganado por el todavía joven Herder, con un texto de tono arrebatado y altamente enfático y de desarrollo tan sugestivo como vacilante y aun contradictorio. Aunque Herder rehúye ver el lenguaje como algo puesto en la misma naturaleza humana, lo hace derivar de una capacidad de reflexión que sí que sería innata —lo que viene a ser casi lo mismo: «El hombre, desde la condición reflexiva que le es propia, ha inventado el lenguaje al poner libremente en práctica por primera vez tal condición.» Esa condición reflexiva se lanzaría al lenguaje no por necesidad ni conveniencia material, sino por un impulso creativo, poético, ante el estímulo de unas «palabras naturales» —así, el balido de la oveja— que caracterizarían a algunas cosas, dando de ese modo comienzo a un proceso de repetición, mezcla y articulación que llevaría a la maduración del lenguaje. Todo ello implica la hegemonía del sentimiento y del carácter: «El lenguaje natural de todas las criaturas poetizado por el entendimiento en el sonido, un diccionario de las almas, una constante creación de fábulas, llena de pasión e interés; esto es el lenguaje en su origen, y ¿qué otra cosa es la poesía?» Ello no representa un progreso, desde un punto de vista natural —«la especie humana no supera al animal en la escala del más y el menos, sino en la cualidad»—; y, además, el lenguaje, una vez inventado, puede ser que no haga sino degenerar respecto a su maravillosa condición original: «Es posible que nuestro lenguaje artificial haya desplazado al natural... Una lengua metafísica y refinada... poco puede saber de la niñez de su primera madre... Las lenguas antiguas y primitivas ...se aproximan al origen.» Dado su empuje expresivo general, no como colección de signos conceptuales,

el lenguaje sería la expresión de lo humano, diversificado en las lenguas como expresiones de sus respectivos pueblos y razas, cuyos temperamentos quedarían de manifiesto incluso en la gramática y la fonética de su idioma o dialecto. Este punto lo comparte mucha gente incluso hoy; una creencia piadosa que, como tal, es tan indemostrable como irrefutable; una abundancia de sonidos guturales indicaría un determinado carácter nacional: la gramática alemana inclinaría a la metafísica, y la gramática francesa a la *clarté*.

Pero esas opiniones, tan propias del espíritu romántico también en cuanto éste implica nacionalismos, pintoresquismos y folklorismos, tenían de bueno que incitaban al estudio concreto de las lenguas del mundo, saliendo de la tradición clásica, e incluso modificando los supuestos de ésta: el estudio del sánscrito, cultivado por Bopp, a quien W. v. Humboldt haría dar una cátedra, llevaba a un «ente de razón» idiomático como sería el indoeuropeo, lugar geométrico de partida de las lenguas de ese horizonte. Mientras tanto, se empezaban a explorar lenguas de los más variados pueblos, con curiosos descubrimientos no sólo en el léxico, sino en las formas y relaciones gramaticales. Y aquí es donde importa Wilhelm von Humboldt.

Hay que advertir, para el encaje cronológico, que Wilhelm von Humboldt escribió la mayor parte de su obra lingüística en su vejez, dejándola casi inédita. Pero el interés por las lenguas fue siempre un *hobby* de curiosidad para él, llevándole a algún breve texto teórico desde su juventud (*Über Denken und Sprechen*, «Sobre pensar y hablar», es ya de 1795-1796, esto es, de antes de cumplir los treinta años). Además conviene recordar aquí que, para la conciencia cultural alemana, lo lingüístico queda sólo como un capítulo en la biografía de ese prócer, más conmemorado como político, como organizador educativo y como el tercer «clásico», junto a Goethe y Schiller, en el período así llamado, esto es, hasta la muerte de Schiller en 1805, en un decenio de «diálogo inmortal». (Véase la

brevedad de ese capítulo en el librito de Peter Berglar, en la serie de biografías ilustradas de Rowohlt.)

Enmarquemos brevemente su figura en su tiempo: nacido en 1767, en la corte prusiana, se educó con preceptores privados y estudió derecho y filología clásica; viajó a París, cuando todavía estaban derribando la Bastilla, conoció a Schiller, Jacobi y Lavater; entró en un exaltado círculo prerromántico, la «Liga de la Virtud», donde conoció a su futura esposa, y, de 1790 a 1791, fue alto funcionario jurídico, dejando luego el servicio para casarse y vivir en el campo. Desde ahí, visitó largamente Jena, el meollo de la vida intelectual germánica de entonces, y en esa ciudad estrechó su amistad con Schiller, colaborando en la revista de éste, *Die Horen*, y se convirtió en uno de los predilectos de Goethe. Los largos períodos en que no se veían estos tres grandes dieron origen a abundantes epistolarios: se ha llamado a Wilhelm von Humboldt «el rey de las cartas», también por las tres mil enviadas a su mujer. A él fue dirigida la última carta que escribió Goethe, la víspera de su muerte. En ese período empieza a publicar algunos artículos sobre teoría del derecho, de sentido liberal, en relación con una ambiciosa obra que quedaría inédita: *Ideas para un ensayo de determinar los límites de la efectividad del Estado*; y, en la revista *Die Horen*, un par de ensayos sobre la diferencia sexual. Otros viajes hizo, uno de ellos por el País Vasco, ocupándose de la lengua eusquera. En 1799 tuvo éxito su primer escrito amplio: *Ensayos estéticos, 1: Sobre «Hermann y Dorotea» de Goethe.* De 1802 a 1808 —años napoleónicos— fue enviado prusiano ante la Santa Sede, y tuvo ocasión de conocer, con los jesuitas, la obra lingüística de Hervás y Panduro y los materiales que habían acumulado sobre las lenguas de sus tierras de misión —sobre todo, las de indios americanos. De Roma volvió para dirigir la Sección de Culto y Enseñanza del Ministerio del Interior, estableciendo la gran organización que culminaría en la creación de la Universidad de Berlín y en la institución del Gymnasium, bajo un nuevo espíritu humanístico y liberal, con consecuencias para más de un siglo: lo importante

era formar al hombre para la libertad y la verdad, dejando en segundo término las especializaciones profesionales. A este sentir afluirían ideas de Fichte, gloria de la Universidad de Berlín. Pero cuando se funda esa Universidad, en 1810, Wilhelm von Humboldt ya ha dejado su efímero cargo, bajo el barón von Stein, por más que sus directrices vayan a quedar en pie: con un honroso ascenso de grado, es enviado de diplomático a Viena, desde donde asistirá a diversos congresos internacionales, incluido el propiamente llamado de Viena, en 1815. Vuelto a Berlín en 1817 con otro cargo, choca con el canciller Hardenberg, y pasa a ser embajador en Londres, y a otras funciones, hasta que en 1820 se retira definitivamente a su palacio campestre en Tegel; muere en 1835, tras dedicar esos quince años sobre todo a la reflexión sobre el lenguaje —también, durante tres años, tuvo la costumbre de escribir un soneto diario, no especialmente inspirado. Al final enumeramos los treinta y ocho textos lingüísticos de Wilhelm von Humboldt, con las indicaciones pertinentes; ahora trataremos de resumir su sentido.

Ante todo, para la lectura de los textos aquí reunidos y de los demás, conviene advertir que Wilhelm von Humboldt no escribía de una manera sistemática y científica, sino con poderosas intuiciones enlazadas en un medio estilístico a veces un tanto difuso. Ya dijo Cassirer: «Humboldt es un espíritu por completo sistemático, pero enemigo de toda técnica exterior de sistematización. Así ocurre que en el esfuerzo de presentarnos en cada punto aislado de su investigación la *totalidad* de su concepción lingüística, se opone a la neta y clara diferenciación de esa totalidad. Sus conceptos no son jamás productos desprendidos y puros del análisis lógico, sino que late en ellos un ostensible tono estético, un talante artístico, que vivifica la comprensión, pero que oscurece al propio tiempo la articulación y el análisis del pensamiento.» [1]

En efecto, en Humboldt, frases o párrafos bien elegi-

1. Citado en J. M. VALVERDE, *Guillermo de Humboldt y la filosofía del lenguaje*, Madrid, p. 31.

dos resultan más impresionantes que la totalidad del texto en que figuran; y los textos breves, a su vez, atraen más que los largos. Esto tiene que ver con lo que indicábamos más arriba: en Wilhelm von Humboldt no hay una sola perspectiva, sino más bien una dualidad de horizontes lingüísticos, en último término contrapuestos, a partir de una gran intuición común.

Esa gran intuición básica es que el lenguaje constituye la forma única y necesaria de operar para el pensamiento: no hay pensar sin lenguaje. «El pensamiento tiene lugar mediante el lenguaje; ... el lenguaje debe acompañar al pensamiento»; [2] «el lenguaje es el órgano del ser interior; este mismo ser, en cuanto logra paso a paso reconocerse interiormente y exteriorizarse».[3] O de otro modo: «El lenguaje es el órgano formador del pensamiento. La actividad intelectual, por completo espiritual, por completo interior y en cierta medida desapareciendo sin huella, mediante el sonido se hace exterior en el habla y perceptible para los sentidos. Aquélla y el lenguaje son, pues, una sola cosa... Tiene que unirse al sonido lingüístico: si no, el pensar no alcanza claridad, ni la representación se hace concepto. La unión inseparable de pensamiento, órgano vocal y audición descansa en el sentido originario de la naturaleza humana» [4] y «el pensamiento sin lenguaje es, sin más, imposible».[5] Y el lenguaje no es una iluminación instantánea y total, sino un desgranarse sucesivo de una palabra tras otra, hasta redondear la frase: «La operación del lenguaje consiste en obligar al espíritu a desarrollar todo el conjunto del pensamiento en palabras que se suceden, en dar cuerpo al pensamiento, en detener su ola [*vague*, en el original en francés] por la impresión que dejan los sonidos articulados.» [6] Tal es el sentido de la famosa expresión humboldtiana, de que el lenguaje no es

2. Edición Flitner-Giel, vol. III, p. 56-57.
3. *Ibidem*, p. 383.
4. *Ibidem*, p. 426.
5. *Ibidem*, p. 429.
6. De la *Carta a M. Abel-Rémusat...*

ergon sino *enérgeia*, expresión que, por cierto, queda inexplicada en su contexto, y que seguramente arranca de la terminología aristotélica, en la *Ética a Nicomaco*: «El lenguaje es algo en cada instante permanentemente transitorio. No es un producto *(ergon)* sino una potencia *(enérgeia)*. Su verdadera definición sólo puede ser genética. Es la labor, perennemente renovada, del espíritu, para hacer al sonido articulado capaz de la expresión del pensamiento.» [7] La fluidez del lenguaje, aun atenida a límites —fonéticos, sintácticos, léxicos— no tiene límites en sus posibilidades de uso, en su *enérgeia*: «El lenguaje no consiste sólo en sus producciones concretas, sino en la posibilidad de obtener otras innumerables.» [8] Y después: «Debe hacer un uso ilimitado de medios limitados, y lo logra merced a la identidad de la fuerza que produce el pensamiento y el lenguaje.» [9] El lenguaje, pues, no es una suma de palabras, ni aun una suma de palabras y silencios, además de todas las reglas que las estructuran, sino una movediza y fecunda disponibilidad organizada: «Su organismo no yace como una masa inerte en lo oscuro del alma, sino que actúa, determinando como ley, las funciones de la mente, y por eso la primera palabra ya proclama y anuncia el lenguaje entero.» [10] Sobre la palabra aislada, advierte: «La palabra no constituye el lenguaje, pero es su parte más importante, o sea, lo que en el mundo viviente es la célula individual.» [11]

El lenguaje, así, es tan subjetivo como objetivo —y sería mejor evitar la aplicación de un esquema dialéctico en que se viera como síntesis de una tesis y una antítesis, porque ninguno de aquellos términos tiene en él prioridad lógica o temporal sobre el otro: el lenguaje establece el ámbito de comunidad que hace posible la comunicación: «La producción del lenguaje es una necesidad íntima de

7. Ed. Flitner-Giel, p. 418.
8. *Ibidem*, p. 418.
9. *Ibidem*, p. 477.
10. *Ibidem*, p. 10.
11. Citado en VALVERDE, *op. cit.*, p. 37.

la naturaleza humana, no sólo un comercio social para la comunicación, sino algo asentado en su misma esencia, imprescindible para el funcionamiento de sus potencias espirituales.» [12] El lenguaje impone el reconocimiento de los demás espíritus, y así, permite el reconocimiento del propio, que sólo se ve a sí mismo como si fuera otro: «El hombre habla, aunque sea en pensamientos, sólo con otro, o consigo mismo como si fuera otro.» [13] Y: «El hombre tiende, aun a instancia de su pensamiento aislado, hacia un *tú* que corresponda al *yo*; el concepto sólo le parece que consigue determinación y certeza cuando viene reflejado desde una mente ajena.» [14] Pero eso da lugar a la paradoja de que, al comprendernos unos a otros, y, por tanto, al comprendernos mejor a nosotros mismos, acabamos por sentirnos más distantes de los demás, percibiendo mejor las diferencias: «El lenguaje tiende puentes desde una individualidad a las demás, y da lugar a la mutua comprensión, pero más bien aumenta la diferencia [de concepción personal] al producir más distintamente en la conciencia un refinamiento y aclaramiento de las ideas, tal como se enraízan en la situación anímica de que proceden.» [15]

De todo esto deriva el carácter creativo, de lujo, placer y regalo que es propio del lenguaje —manifiesto en su «redundancia», de que hablan los lingüistas—, más allá de la mera comprensión: «La más elemental, pero más limitada concepción del lenguaje es la de considerarlo como un mero medio de comprensión» [16] y, refiriéndose al tema del dual cuando escribe esta frase, añade: «Si los pueblos que han formado las lenguas tuvieran meramente como objetivo la mutua comprensión, como afortunadamente no es el caso, entonces sería superfluo un plural de dualidad propio.» [17] Si se privilegia la exactitud en la comprensión, apuntando a un ideal de lenguaje científico, se mata el espíritu matando el lenguaje: «Con signos lógico-matemáticos sólo se podría agotar una pequeña parte de lo pensable, pues estos signos, por su naturaleza, sólo se podrían aplicar a conceptos producidos por elaboración previa o por convenio. Pero cuando hay que acuñar en conceptos la materia de la experiencia interior y de la sensibilidad, entonces es cuestión de la facultad de representación individual del hombre, de que es inseparable su lenguaje.» [18] Con ese empuje creativo es como el lenguaje forma mundo: «El lenguaje es indispensable para que la representación se objetive, al regresar al oído la propia creación verbalizada. El lenguaje no actúa como partiendo de los objetos ya plenamente percibidos. Pues sin lenguaje no habría ante la mente objetos (como tales). Ya en la percepción hay una cierta subjetividad; incluso cabe considerar a cada individuo como un punto de mira en la visión del Universo.» [19] En análogo estilo, con vagos ecos kantianos e idealistas, dice Humboldt: «El hombre se rodea de un mundo de sonido para asumir en sí el mundo de los objetos, y manejarlo. El hombre vive con los objetos tal como el lenguaje se los trae.» [20] O de otro modo: «La peculiaridad del lenguaje consiste en que, sirviendo de mediación, funda entre el nombre y los objetos exteriores un mundo de pensamiento en el sonido.» [21] Y, en tono un poco más técnico: «La esencia del lenguaje consiste en verter la materia del mundo fenoménico en la forma del pensamiento; todo su esfuerzo es formal, y como las palabras toman el lugar de los objetos, debe también oponérseles, en cuanto materia, una forma a la que estén sometidas.» [22] Y aquí puede aplicarse la idea de «símbolo», que luego desarrollaría Cassirer: «Sólo así se logra la transmutación del mundo en lenguaje, y se cum-

12. *Ibidem*, p. 32.
13. Ed. Flitner-Giel, pp. 137-138.
14. *Ibidem*, p. 138-139.
15. En VALVERDE, *op. cit.*, p. 34.
16. Ed. Flitner-Giel, p. 134.
17. *Ibidem*, p. 134.
18. *Ibidem*, p. 16.
19. En VALVERDE, *op. cit.*, p. 34.
20. Ed. Flitner-Giel, p. 434.
21. *Ibidem*, p. 85.
22. *Ibidem*, p. 13.

ple la acción simbolizadora de la lengua, incluso mediante su estructura gramatical.» [23]

Hasta aquí, estamos dando el núcleo sólido de las intuiciones humboldtianas, pero moviéndose desde él, sobrevienen ciertas indecisiones; así, en cuanto al origen y el desarrollo del lenguaje. El punto de partida es impecable: más vale no hablar de cómo empezó el lenguaje, según venían haciéndolo otros en el siglo XVIII: «El lenguaje... debe considerarse como puesto originariamente en los hombres; pues es totalmente inexplicable como producto de la razón en la claridad de su conciencia... El lenguaje no se podría inventar si su prototipo no estuviera ya existente en la razón humana.» [24] En algún momento lo considera «una emanación involuntaria del espíritu, no una obra de las naciones». Y seguramente con recuerdo de la célebre paradoja establecida por Rousseau, dice en otro lugar: «El hombre es sólo hombre mediante el lenguaje; pero, para inventar el lenguaje, debería ser ya hombre previamente.» [25] Además, como ya se mencionó antes, el lenguaje, una vez que empieza a existir, debe existir ya en plenitud; Wilhelm von Humboldt admite, no sin vacilaciones y arrepentimientos parciales, que haya una evolución en él, una mejora o un empeoramiento en los diversos caminos de las lenguas. Su criterio valorativo es la mayor o menor riqueza de flexiones y formas gramaticales, llegando a poner el sánscrito como caso de madurez ejemplar, en contraste con el chino, por su yuxtaposición de términos invariables —y, por cierto, monosilábicos—: aquél representaría más espíritu; éste, más materia. En su más extensa obra póstuma —la llamada *Kawiwerk*—, Wilhelm von Humboldt llega a basarse en el chino para propugnar la tesis del monosilabismo originario de todas las lenguas. Por cierto que, paradójicamente ciego ante su propia lengua alemana, en contraste con su perspicacia ante otras lenguas exóticas de las que se permite ejemplificar, no advierte Wilhelm von Humboldt que también para el alemán cabría defender tal tesis, ya que sus raíces suelen ser monosilábicas, a pesar de la longitud de sus palabras, que, como dijo alguien, «tienen perspectiva». Pero después de escribir a Abel Rémusat sobre su gramática china, al reflexionar más sobre el asunto, modifica su idea: habría una curva histórica en la marcha de las lenguas, que, tras alcanzar un máximo de flexión en sus palabras, la irían perdiendo parcialmente; por otra parte, la falta de flexión en el chino podría no entenderse como pobreza espiritual, sino al contrario, haciendo así justicia a la gran cultura china: «En cuanto que requiere al entendimiento un trabajo mucho mayor de lo que exige de él ninguna otra lengua, le sugiere meramente las relaciones de los conceptos, le priva casi de toda ayuda mecánica para la comprensión, e incluso funda casi solamente la construcción de las palabras en la secuencia de pensamientos y la mutua determinabilidad de los conceptos, lo despierta y lo mantiene en la actividad espiritual dirigida al mero pensar, y aleja de todo lo que pertenece sólo a la expresión y al lenguaje.» [26] La posible perfección se alcanzaría en una lengua en que el pensamiento llegara a dar forma a todo lo material, sin residuo inerte, haciéndose él mismo plenamente sensible y estructurando todo lo sensible: «Cuanto más individualizado [y ello significa: sensible] está el pensamiento según todas las relaciones, más anima y mueve: y cuanto más colaboran todas las potencias anímicas en su expresión, más se individualiza.» [27]

La lingüística actual —recordémoslo— no ve sentido en la idea de mayor o menor perfección de una lengua, ni en su evolución cronológica a la deriva, ni en comparación con otra. Todo lo que se puede decir en una lengua se puede decir en otra, aunque a veces con más palabras y más rodeos: lo que no se puede traducir es el «aura» —o el

23. *Ibidem*, p. 141.
24. *Ibidem*, p. 10.
25. *Ibidem*, p. 11.
26. Citado en M. BÖHLER, epílogo a Wilhelm von Humboldt, *Schriften zur Sprache*, Stuttgart, 1973, pp. 245-246.
27. *Ibidem*, p. 247.

«aroma», que decía Nietzsche— de ciertos términos por su uso dentro de una tradición cultural nacional. Si quiero mencionar la idea de *Weltanschauung*, o la dejo en alemán o la traduzco entre comillas.

Con esto tocamos algo, en la lingüística humboldtiana, donde aparece, hasta cierto punto, un elemento «romántico»: el lenguaje como visión del mundo *(Weltansicht)*. Esta visión se puede entender, ante todo y partiendo de Kant, como conjunto de las formas o categorías mentales —el aire de la paloma a que aludíamos—, un sistema formal que por un lado sería común a «toda mente posible», pero por otro lado se daría configurada según las naciones o idiomas, y aun según los individuos: «El pensar no depende meramente del lenguaje en general, sino, hasta cierto grado, también de cada lengua determinada.» [28] (Se comprende que el neokantiano Cassirer hiciera tanto por difundir la obra humboldtiana, al propugnar, como decíamos, su idea de las «formas simbólicas».) Con todo, Wilhelm von Humboldt da más poder activo al lenguaje que Kant a sus formas y categorías *a priori*: «Mediante la mutua dependencia del pensamiento y la palabra se echa de ver claramente que las lenguas no son propiamente medios para presentar la verdad ya conocida, sino mucho más para descubrir la antes desconocida.» [29] De modo un poco confuso pero sugestivo —como de costumbre—, Wilhelm von Humboldt incluye una dimensión social en esa función de captación de la realidad: «El hombre, en su mutable limitación, puede considerar la verdad como lo ilimitadamente sólido, que solamente existe fuera de él, y todo su esfuerzo espiritual es una pugna hacia ella, y el medio más poderoso para acercársele, para medir su distancia a ella, es la unión social. Así el lenguaje es un requisito necesario para la primera creación del pensamiento, y para la progresiva formación del espíritu. La comunicación espiritual, pasando del

28. Ed. Flitner-Giel, p. 16.
29. *Ibidem*, p. 19.

uno al otro, presupone en aquél algo común con éste.» [30]

Pero lo más «romántico», en el sentido peligroso del término, es que Wilhelm von Humboldt, heredando el sentir herderiano, piensa que el lenguaje, al darse de hecho en diversas lenguas e idiomas, aparece dividido en «visiones nacionales del mundo»: con ello, cada lengua supone y legitima una nacionalidad —y de sobra es sabido cuánto hubo de lingüístico en los nacionalismos del siglo XIX, y cuánto sigue habiendo en los de hoy. Cada lengua —ya lo decíamos— expresaría una peculiaridad nacional, incluso un humor, un modo de ser, una «raza» no en sentido corporal: «Cada lengua, cualquiera que sea, lleva en su seno en cada momento de su existencia la expresión de todos los conceptos que se puedan desarrollar alguna vez en la nación. Cada una, incluso, en cada momento de su vida, equivale exactamente al alcance de pensamientos de la nación en ese momento. Cada cual, finalmente, en cada una de sus situaciones, forma la totalidad de una visión del mundo *(Weltansicht)*, al contener expresión para todas las representaciones que la nación se haga del mundo, y para todos los sentimientos que produzca el mundo en ella.» [31]

Esto, aunque en política siga siendo un factor poderoso, no es de recibo en la lingüística. Con tal creencia, se podía creer, como Goethe, que aprender otra lengua era tomar posesión del espíritu de otra nación, idea fomentada hoy día por los departamentos universitarios y las academias de lenguas extranjeras, pero irreal: si no se usa la lengua para conocer su cultura, su sociedad y su historia, su mero dominio práctico no permitirá poseer otra alma más. Con todo, hay que advertir, Wilhelm von Humboldt no desarrolla apenas las implicaciones de aquella creencia, tan aprovechada por otros incluso hoy día.

Hay también en Wilhelm von Humboldt un concepto, lanzado de pasada, igual que el de *ergon-enérgeia*, —con-

30. En Böhler, *op. cit.*, p. 239.
31. *Ibidem, op. cit.*, p. 238.

cretamente un par de veces—[32] y que ha sido muy manoseado, quizá por lo ambiguo y aun enigmático: el de *innere Sprachform*, que a la hora de traducir a nuestra lengua se echa de ver que funde dos sentidos bastante diversos: «forma interior del lenguaje» —y aun si se quiere, el lenguaje en cuanto forma interior—, y «forma interior de la lengua» (de cada lengua). En el primer sentido, vendría a ser esa formalización —más o menos kantianamente *a priori*— de que se hablaba antes, si bien, quizá, en un sentido dinámico y orgánico, como forma rectora del desarrollo del lenguaje humano en sus aspectos y estructuras, a través de los tiempos; en el segundo sentido, esa misma forma rectora, pero en cuanto existiera dentro de cada lengua, como si cada idioma estuviera movido y orientado, en su evolución histórica, por una suerte de esquema genético, de «genoma», que marcara su destino. Seguramente, en este sentido Wilhelm von Humboldt se haría eco de la célebre idea de Goethe del *Ur-phänomenon*, con una base prístina de «protoplanta» y —digámoslo así— de «protoanimal», que se desarrollaría dando lugar a cada especie diversa —y, en definitiva, a cada individuo conforme a su especie. Para Goethe, como es sabido, las especies de plantas eran variaciones sobre el tema básico «hoja»: las especies animales derivarían, en diversos caminos, desde un núcleo que aproximadamente estaría en el conjunto básico de cráneo-arranque de vértebras.

Aplicada a las lenguas, esa idea era muy sugestiva, pero hoy día no nos sirve de mucho: ahora se piensa que las modificaciones y diferenciaciones en las lenguas van a la deriva, sin razón especial, y sin perjuicio ni beneficio. No se pretende que haya un núcleo o un modelo orientador en la marcha milenaria de una lengua, que sirva de criterio regulador de su unidad: las formas que componen una lengua son heterogéneas y pueden asociarse o estar ausentes, o perderse o adquirirse sin perturbar a las de otra índole. Toda observación es empírica, fáctica: por ejemplo, en el orden de la fonética, cada lengua tiene, a partir

32. Ed. Flitner-Giel, p. 463-477.

de un teclado de fonemas, su repertorio de combinaciones posibles, no conectado con el orden de las categorías gramaticales: por efecto de un capricho que llegara a ser moda, podría modificarse sin afectar a nada sintáctico o semántico. Michael Böhler ha puesto en paralelo esta expresión de Goethe: «En la naturaleza viva no ocurre nada que no esté en un enlace con el todo», y éstas de Wilhelm von Humboldt: «en el lenguaje todo está determinado por cada cosa y cada cosa por todo», y «cada cosa, en el lenguaje, sólo subsiste por lo otro, y todo sólo por la única fuerza que penetra la totalidad».[33] Como lemas románticos, son muy sugestivos, pero hoy sabemos que el lenguaje no es orgánico.

Ahora, sin embargo, después de haber empezado por señalar la poderosa intuición central que revolucionó la comprensión del lenguaje —que el pensamiento sólo existe en lenguaje— y de haber indicado unos aspectos en que Wilhelm von Humboldt quedó sujeto a los equívocos románticos que eran posibles desde ese punto de partida, nos queda lo más importante: indicar por qué Wilhelm von Humboldt, en otra cuestión esencial, va más allá —o más acá, mirando desde nosotros— de esa primera revolución. Y es muy sencillo: el lenguaje consiste en estructuras —en las cuales es donde las palabras llegan a valer como tales, pues no viven por sí solas, según se las encuentra en el diccionario. Así se echa de ver en el título *Sobre las diversidades de la estructura lingüística humana*, de un escrito de 1827-29, modificado en el título de su gran obra incompleta, sobre la lengua kawi de Java, que, en su segunda parte, dice *Introducción sobre la diversidad lingüística humana y su influjo en el desarrollo espiritual del género humano.* (La cuestión de ese influjo quedaría apenas insinuada.) El designio del trabajo, que resulta sólo esbozado alusivamente como ilustración de unas teorías lingüísticas también ilustradas con referencias a otras lenguas, era analizar la lengua *kawi*, una lengua malaya, para mostrar que, aunque abundaba en pala-

33. *Ibidem*, p. 3.

bras sánscritas, su estructura era totalmente diversa. Trasladándonos a un ejemplo más cercano: la lengua vasca, eusquera, está mechada de palabras españolas y latinas, pero su gramática es radicalmente diversa. Wilhelm von Humboldt, en sus incursiones por variadas lenguas del mundo, no se interesaba tanto por los nombres sustantivos cuanto por las formas gramaticales, coleccionando ejemplos sorprendentes, libre ya del inconsciente hábito tradicional de dar por supuestas las formas gramaticales europeas, del griego hasta hoy. Así se permite, por ejemplo, sin saber japonés, criticar una gramática japonesa de cierto jesuita vasco, señalando que era inverosímil que en japonés hubiera cosa tal como el supino de pasiva. En efecto, la jungla mundial de las gramáticas es inagotable en sus categorías, e incluso en comparación entre lenguas próximas siempre hay matices —así, ciertos «aspectos» del verbo—, que difícilmente llega a dominar quien no sea un hablante nativo. Un ejemplo: ingleses y alemanes, aunque lleguen a hablar con familiaridad el español al cabo de décadas de residir en nuestro país, es probable que se equivoquen ocasionalmente entre el imperfecto y el indefinido de indicativo. Y, por lo que he oído decir, ningún foráneo llega a acertar siempre en el perfectivo ruso.

Eso es lo vivo del pensamiento lingüístico de Wilhelm von Humboldt, lo que le hace padre de la conciencia del lenguaje en este siglo: el verlo como una superposición de redes formales —no conectadas lógicamente entre sí—, en las cuales vive el léxico sus significaciones siempre concretadas dentro de lo que Wittgenstein llamaría un determinado «juego de lenguaje». Pero significativamente, en la medida en que asumía ese punto de vista, al trabajar en su exploración de lenguas, reducía su sugestivo don de comentario intuitivo, que tanto hemos visto brillar en su punto central de la consustanciación de lenguaje y pensamiento; punto desde el cual dejó también esbozados esos que llamábamos equívocos románticos. Lo esencial es que él abrió la puerta a la perspectiva formal en que cabe comprender y analizar la realidad del

lenguaje, guardando un respetuoso silencio sobre la cuestión de su origen.

Aquí no vamos a intentar una historia del impacto humboldtiano en este siglo, sino meramente anotar un par de detalles: en el siglo XIX, aunque algunos filólogos tomaran en cuenta la edición —presuntamente completa— de sus obras en 1841-1852, sus grandes intuiciones no podían tener eco apropiado. Es de notar que Nietzsche, que era quien podía entender el sentido humboldtiano como precedente del suyo propio, no se dio cuenta de tal cosa, y las dos o tres veces que le nombró fue para atacarle por su «clasicismo». (Cierto que aquí se plantea otra cuestión que quizás abordemos en otra ocasión: que la conciencia lingüística de Nietzsche no haya sido observada hasta los franceses que cabría etiquetar como «del 68»: Foucault, Derrida, Barthes, etc.) Ni siquiera Wittgenstein toma a Wilhelm von Humboldt como base, según podía haber hecho. Para su redescubrimiento —ya lo decíamos— fue decisivo que Ernst Cassirer apelara a él en su *Filosofía de las formas simbólicas* —que en su forma abreviada norteamericana, *An essay on man*, se tradujo como *Antropología filosófica.* Pero al presentar —según indicábamos— el lenguaje como el *a priori* del pensamiento, Cassirer no fue del todo consecuente, porque lo vio como *una* forma simbólica, junto a otras posibles, como el mito, cuando es obvio que el mito implica ya el lenguaje. Entre los que deben a Cassirer, y su remisión a Wilhelm von Humboldt, la plena conciencia del lenguaje, estaría nada menos que Heidegger: es curioso que éste no deba tal conciencia a Nietzsche, sobre el cual, como es sabido, escribió una gruesa obra, pero de planteamiento temático.

Como episodio largamente arrinconado queda el hecho de que, durante la Primera Guerra Mundial, Walter Benjamin oyó hablar de Wilhelm von Humboldt, y ello debió influir en su escrito: *Sobre el lenguaje en general...*, pero Benjamin parece que tomó a Wilhelm von Humboldt sólo como tránsito, en camino hacia atrás, para acercarse a Herder, a quien sólo alude implícitamente, y, sobre todo, a Hamann, a quien sí nombra.

Desde ahí —sin olvidar a Sapir, Whorf y otros—, Wilhelm von Humboldt llega a ser una referencia común —como es sabido— en la teoría lingüística, si bien no suela advertirse su ambivalencia, sus indecisiones y el carácter de esbozos intuitivos que tienen sus grandes momentos. Algo de eso pasa —para aludir a un caso eminente— con Chomsky, acaso menos humboldtiano de lo que él mismo supone, así, en sus «estructuras profundas» de carácter innato —«gramática en los genes», dijo alguien. Pero quede esto sólo como una insinuación en medio de la jungla de la lingüística de este siglo.

JOSÉ MARÍA VALVERDE

Bibliografía

TEXTOS LINGÜÍSTICOS DE WILHELM VON HUMBOLDT

Über Denken und Sprechen («Sobre pensar y hablar») (1795/1796).

Über die Natur der Sprache im allgemeinen (en «Latium und Hellas», 1806) («Sobre la naturaleza del lenguaje en general»).

Einleitung in das gesamte Sprachstudium («Introducción al estudio lingüístico en su conjunto») (1810/1811).

Berichtigungen und Zusätze zum 1. Abschnitt des 2. Bandes des Mithridates über die Cantabrische oder Baskische Sprache («Rectificaciones y adiciones a la 1.ª sección del 2.º tomo del *Mithridates* sobre la lengua cántabra o vasca») (1811).

Über Sprachverwandtschaft («Sobre el parentesco lingüístico») (1812-1814).

Ankündigung einer Schrift über die Vaskische Sprache und Nation, nebst Angabe des Gesichtpunktes und Inhalts derselben («Anuncio de un escrito sobre la lengua y la nación vasca, junto con indicación de su punto de vista y contenido») (1812).

Essai sur les langues du nouveau Continent («Ensayo sobre las lenguas del nuevo continente») (1812).

Über das vergleichende Sprachstudium in Beziehung auf die verschiedenen Epochen der Sprachentwicklung («Sobre el estudio comparado de las lenguas en relación con las diversas épocas de su evolución») (1820) (traducido en esta selección).

Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens vermittelst der Vaskischen Sprache («Examen de las investigaciones sobre los habitantes primitivos de Hispania mediante la lengua vasca») (1820-1821).

Versuch einer Analyse der Mexikanischen Sprache («Ensayo de un análisis de la lengua mexicana») (1821).

Über den Einfluss der verschiedenen Charakters der Sprachen auf Literatur und Geistesbildung («Sobre la influen-

cia del diverso carácter de las lenguas en la literatura y en la formación del espíritu» (1821) (traducido en esta selección).

Über das Entstehen der grammatischen Formen, und ihren Einfluss auf die Ideenentwicklung («Sobre la génesis de las formas gramaticales y su influencia en la evolución de las ideas») (1821) (traducido en esta selección).

Über die allgemeinsten Grundsätze der Wortbetonung mit besondrer Rücksicht auf die griechische Akzentlehre («Sobre los principios más universales de la acentuación de las palabras con especial referencia a la teoría griega de los acentos») (1821).

Über die in der Sanskrit-Sprache durch die Suffixa twâ *und* ya *gebildeten Verbalformen* («Sobre las formas verbales constituidas en la lengua sánscrita mediante los sufijos *twâ* y *ya*») (1822).

Über den Nationalcharakter der Sprachen («Sobre el carácter nacional de las lenguas») (1822).

Inwiefern lässt sich der ehemalige Kulturzustand der eingebornen Völker Amerikas aus dem Überresten ihrer Sprachen beurteilen? («¿En qué medida se puede valorar la antigua situación cultural de los pueblos indígenas de América por los residuos de sus lenguas?») (1823).

Über den Zusammenhang der Schrift mit der Sprache («Sobre la conexión de la escritura con el lenguaje») (1823-1824).

Über die Buchstabenschrift und ihren Zusammenhang mit dem Sprachbau («Sobre la escritura alfabética y su conexión con la estructura de las lenguas») (1824) (traducido en esta selección).

Notice d'une grammaire japonaise imprimée à Mexico («Noticia de una gramática japonesa impresa en México») (1825).

Lettre à Monsieur Abel-Rémusat, sur la nature des formes grammaticales en général, et sur le génie de la langue chinoise en particulier («Carta al señor Abel-Rémusat sobre la naturaleza de las formas gramaticales en general, y sobre el genio de la lengua china») (1825-1826).

Über den grammatischen Bau der Chinesischen Sprache («Sobre la estructura gramatical de la lengua china») (1826).

Untersuchungen über die amerikanischen Sprachen (Fragmento) («Investigaciones sobre las lenguas americanas») (1826).

Grundzüge des allgemeinen Sprachtypus («Rasgos básicos del empleo universal de lenguaje») (1824-1826).

Über den Dualis («Sobre el dual») (1827) (traducido en esta selección).

Memoire sur la séparation des mots dans les textes sanscrits («Memoria sobre la separación de las palabras en los textos sánscritos») (1827).

Über die Sprachen der Südseeinseln («Sobre las lenguas de las islas de los mares del Sur») (1827).

Über die Verwandtschaft der griechischen Plusquamperfektum, der reduplizierenden Aoriste und der attischen Perfekta mit einer sanskritischen Tempusbildung («Sobre el parentesco del pluscuamperfecto, el aoristo reduplicativo en griego, y el perfecto ático, con una forma verbal sanscrítica») (1828).

An Essay on the best Means of ascertaining the Affinities of Oriental Languages, contained in a letter adressed to Sir Alexander Johnston («Un ensayo sobre los mejores medios de determinar las afinidades de las lenguas orientales, contenido en una carta dirigida a Sir Alexander Johnston») (1828).

Über die Verschiedenheiten des menschlichen Sprachbaues («Sobre las diversidades de la estructura del lenguaje humano») (1827-1829).

Über die Verwandtschaft der Ortsadverbien mit dem Pronomen in einigen Sprachen («Sobre el parentesco de los adverbios de lugar con los pronombres en algunas lenguas») (1829).

Von dem grammatischen Baue der Sprachen («De la estructura gramatical de las lenguas») (1287-1829).

Lettre à Monsieur Jacquet sur les alphabets de la Polynésie asiatique («Carta a Monsieur Jacquet sobre los alfabetos de la Polinesia asiática») (1831).

Über die Kawi-Sprache auf der Insel Java, nebst einer Einleitung über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts («Sobre la lengua kawi de la isla de Java, junto con una Introducción sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia en la evolución espiritual del género humano») (vols. 1-3) (1830-1835).

Las traducciones de los textos aquí incluidos siguen la edición más accesible de obras selectas (tercer volumen de los cinco) Wilhelm von Humboldt *Werke in fünf Bänden*, al cuidado de Andreas Flitner y Klaus Giel, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1963 (quinta edición, 1979). Esta edición es fiel reflejo de la edición canónica de las obras completas, *Gesammelte Schriften*, al cuidado de Albert Leitzmann, Bruno Gebhardt y Wilhelm Richter, Königlich Preussischen Akademie der Wissenschaften, 17 vols., Berlín 1903-1936. El prologuista, sin embargo, por gratitud personal, quiere hacer constar que le fue posible hacer su ya remota tesis doctoral sobre Wilhelm von Humboldt (abreviada en el librito incluido en la bibliografía) porque encontró en la biblioteca del Ateneo de Madrid la edición decimonónica, presuntamente completa, en siete volúmenes, al cuidado de Carl Brandes (G. Reimer, Berlín, 1841-1852). Quede aquí este homenaje a los próceres de nuestra vieja cultura liberal que hicieron posible la presencia de semejante monumento en el entrañable caserón de la calle del Prado.

ALGUNOS LIBROS SOBRE W. HUMBOLDT

BERGLAR, Peter: *Wilhelm von Humboldt* (obra breve, de carácter general) (Rowohlt) Hamburgo, 1970.

BÖHLER, Michael: (epílogo a Wilhelm von Humboldt, *Schriften zur Sprache*), (Reclam) Stuttgart, 1973.

BORSCHE, Tilman: *Sprachansichten. Der Begriff der menschlichen Rede in der Sprachphilosophie Wilhelm von Humboldts*, Stuttgart, 1981.

EVANS, Charlotte, B.: *Wilhelm von Humboldt Auffassung vom Ursprung der Sprache* (tesis doctoral, Ohio State U., 1967).

HEESCHEN, Volker: *Die Sprachphilosophie Wilhelm von Humboldts* (tesis doctoral, Ruhr-Universität, Bochum, 1972).

ROSS, Roberta Graber: *Wilhelm von Humboldt's philosophy of language* (tesis doctoral, Stanford Univ., 1970).

TRABANT, Jürgen: (epílogo a Wilhelm von Humboldt, *Über die Sprache, Ausgewählte Schriften* (dtv)), Munich, 1985.

VALVERDE, José María: *Guillermo de Humboldt y la filosofía del lenguaje* (Gredos), Madrid, 1955 (en bibliografías alemanas y alguna italiana se atribuye a «José María Velarde»).

Nota a la edición

De los casi cuarenta textos sobre asuntos lingüísticos redactados por Wilhelm von Humboldt a lo largo de su vida (véase la lista completa antes, en las pp. 25-28), la inmensa mayoría de ellos fueron escritos en su vejez, entre los años 1820 y 1835, en que falleció. Pocos fueron, sin embargo, los que el propio autor dio en vida a la imprenta. Entre ellos destacan, por la brillantez de exposición, por la concentración de pensamiento y por la variedad de intereses, las célebres conferencias que pronunció en la Academia de las Ciencias de Berlín. Junto a la obra denominada *Kawiwerk*, que fue publicada póstumamente, es en esas conferencias donde se encuentra lo esencial del pensamiento lingüístico de Wilhelm von Humboldt. En este volumen se han recogido cuatro de tales conferencias, las más importantes, a las que se ha agregado un breve pero decisivo texto de 1821.

Sobre el estudio comparado de las lenguas en relación con las diversas épocas de su evolución *

1. El estudio comparado de las lenguas no podrá conducir a averiguaciones seguras y significativas sobre el lenguaje, la evolución de los pueblos y la formación de los seres humanos hasta tanto no hayamos hecho de él un estudio específico, que tenga en sí mismo su propia utilidad y su propia finalidad. Es cierto, desde luego, que con ello se torna difícil hasta el trabajar una sola lengua. Pues si bien resulta fácil captar la impresión total producida por cada una, no es menos cierto que, al pretender investigar las causas, nos perdemos en una gran cantidad de detalles que en apariencia son insignificantes y pronto vemos que la acción de las lenguas no depende tanto de ciertas peculiaridades grandes y decisivas, sino que estriba más bien en la impresión regular, apenas perceptible en los casos singulares, de la índole de sus elementos. Y es precisamente aquí donde la universalidad de ese estudio se convierte en el medio idóneo para colocar nítidamente ante nuestros sentidos ese organismo dotado de un tejido tan fino que es la lengua, pues la claridad de la forma, la cual, aunque adopte figuras múltiples y diferentes, es siempre idéntica en la totalidad, facilita la investigación.

2. De igual manera que nuestro globo terráqueo pasó por grandes convulsiones antes de que los mares, las montañas y los ríos adoptasen la configuración que ahora tienen, pero a partir de ese instante es poco lo que se ha modificado, así también hay en las lenguas un punto en que su organización se halla acabada y a partir del cual no varía ya su estructura orgánica, su figura fija. Lo que en las lenguas, como productos vivos que son del espíri-

* Texto leído en la Academia de las Ciencias de Berlín el 29 de junio de 1820.

tu, sí puede progresar sin fin, dentro de unos límites dados, es su perfeccionamiento formativo, que les otorga una mayor finura. Una vez que una lengua ha adquirido su figura propia, las formas gramaticales esenciales no cambian. La lengua que no ha distinguido los géneros, los casos, el tiempo pasivo o el medio, no subsana ya tales lagunas; tampoco se incrementan ya las grandes familias de las palabras, las formas principales de la derivación. Sólo mediante la derivación en las ramificaciones más finas de los conceptos, sólo mediante la combinación de las palabras, sólo mediante su enlace ingenioso, sólo mediante el uso imaginativo de sus significados originarios, sólo mediante la separación, sentida correctamente, de ciertas formas para ciertos casos, sólo mediante la eliminación de lo superfluo, sólo mediante el pulimento de los sonidos ásperos: sólo mediante todas esas cosas van emergiendo en la lengua, pobre, torpe e inaparente en el instante en que adquirió su figura, y eso si le sonríe el favor del destino, un mundo nuevo de conceptos y un brillo de la elocuencia antes desconocido.

3. Merece atención el fenómeno siguiente: hasta ahora no hemos encontrado ninguna lengua allende la línea fronteriza de su configuración gramatical completa, hasta ahora no hemos sorprendido a ninguna en el tumultuoso devenir de sus formas. Para examinar aún más, en el aspecto histórico, la aseveración anterior, es preciso que, al estudiar los dialectos de las naciones salvajes, aspiremos constantemente de manera principal a determinar el nivel más bajo de su formación, con el fin de conocer así por experiencia al menos el tramo inferior de su organización. La experiencia que yo he tenido hasta ahora me ha probado que también los denominados dialectos toscos y bárbaros poseen ya todo aquello que se requiere para su uso completo y que son formas en cuyo molde podría verterse con el paso del tiempo, igual que lo han experimentado los dialectos mejores y más excelentes, la totalidad del ánimo, para acuñar así en ellas de manera más o menos perfecta todas las especies de ideas.

4. La lengua tampoco puede surgir de otro modo que de una sola vez, o, para expresarme con mayor exactitud, es preciso que en cada instante de su existencia posea lo que hace de ella una totalidad. Emanación inmediata de un ser orgánico en su validez sensible y espiritual, la lengua participa de la naturaleza de todas las cosas orgánicas en que, en ella, cada uno de los elementos subsiste únicamente por medio de los otros, y todos ellos subsisten únicamente por medio de la fuerza única que penetra la totalidad. La esencia de la lengua se repite también incesantemente dentro de ella misma, en círculos más reducidos o más amplios; en cuanto estriba en la forma gramatical, tal esencia está ya en unidad completa en la simple frase. Y como el enlace de los conceptos más sencillos excita la trama entera de las categorías del pensar, y como lo positivo exige y trae lo negativo, y lo mismo hace la parte con el todo, y la unidad con la pluralidad, y el efecto con la causa, y la realidad con la posibilidad y con la necesidad, y lo condicionado con lo incondicionado, y una dimensión del espacio y del tiempo con la otra, y cada grado de sensación con la sensación que lo circunda inmediatamente, como ocurren todas esas cosas, tenemos que está presente una totalidad de lengua, también en su riqueza léxica, desde el momento mismo en que se ha logrado de manera clara y distinta la expresión del más sencillo enlace de ideas. Todo lo expresado forma lo inexpresado o lo prepara.

5. En el ser humano se juntan, por tanto, dos áreas que son susceptibles de división hasta un número calculable de elementos fijos y susceptibles de unión hasta el infinito, y en ellas cada una de las partes manifiesta siempre a la vez su naturaleza peculiar como relación con aquellas partes que pertenecen a ella. El ser humano posee la fuerza de dividir esas dos áreas, de dividirlas espiritualmente mediante la reflexión y corporalmente mediante la articulación, y posee también la fuerza de reunir sus partes, de reunirlas espiritualmente mediante la síntesis del entendimiento y materialmente mediante el acento; éste

junta las sílabas en la palabra y junta las palabras en el discurso. En consecuencia, tan pronto como la consciencia humana ha llegado a ser lo bastante poderosa para hacer que esas dos áreas se interpenetren en ella con la fuerza que efectúa esa misma interpenetración en el oyente, también éste se encuentra en posesión de ambas. La mutua interpenetración de esas dos áreas puede ocurrir únicamente por medio de una y la misma fuerza y, a su vez, ésta puede brotar sólo del entendimiento. Tampoco la articulación de los sonidos, la enorme diferencia que hay entre el mutismo de los animales y el habla de los hombres, cabe explicarlas físicamente. Sólo el vigor de la consciencia de sí impone a la naturaleza corporal esa división precisa y esa delimitación fija a la que damos el nombre de «articulación».

6. Es difícil que el perfeccionamiento formativo, que otorga mayor finura a la lengua, haya ido asociado en seguida al primer devenir de ésta. Tal perfeccionamiento presupone unas circunstancias que las naciones sólo atraviesan en una larga serie de años, y lo habitual es que las acciones de una lengua se entrecrucen con las acciones de otras. Esta confluencia de varios dialectos es uno de los momentos más principales en la génesis de las lenguas; puede ocurrir que la nueva lengua que está surgiendo reciba elementos más o menos significativos de las otras lenguas que con ella se mezclan, y puede ocurrir, que es lo que sucede cuando las lenguas cultas se barbarizan y degeneran, que los elementos nuevos que se agreguen sean escasos y que sólo quede interrumpida la tranquila marcha de la evolución, y que la forma culta sea malentendida y desfigurada, remodelada y usada de acuerdo con otras leyes.

7. En general no cabe negar la posibilidad de que hayan surgido varios dialectos sin ninguna comunión entre ellos. Tampoco hay una razón que obligue a rechazar la hipótesis de una conexión universal de todos ellos. Ningún rincón de la Tierra es tan inaccesible que no pueda

haber recibido población y lengua de otro lugar; y ni siquiera estamos en condiciones de pronunciarnos acerca de la distribución que los mares y la tierra firme tuvieron en otro tiempo, y que acaso fue muy distinta de la actual. La naturaleza misma del lenguaje y el estado del género humano mientras es inculto son circunstancias que abonan la mencionada conexión universal. La necesidad de ser entendido obliga a buscar cosas ya existentes y comprensibles, y, antes de que la civilización junte más a las naciones, las lenguas permanecen largo tiempo en posesión de poblaciones pequeñas; éstas, poco inclinadas a mantener duraderamente los sitios donde habitan y poco capaces de defenderlos con éxito, a menudo se expulsan unas a otras, se sojuzgan y entremezclan; y eso, como es natural, repercute sobre sus lenguas. Aun cuando no se admita una procedencia común de las lenguas, es fácil que ninguna familia lingüística haya dejado de mezclarse posteriormente con las demás. Por tanto, en la investigación de las lenguas ha de estar vigente la máxima siguiente: buscar la conexión entre ellas mientras sea reconocible cualquier rastro de tal conexión y examinar con cuidado a propósito de cada lengua si está formada de manera independiente, de una sola pieza, o si en su formación gramatical o léxica está mezclada con elementos ajenos y de qué manera lo está.

8. Tres son, pues, los momentos que cabe diferenciar a fin de examinar y analizar las lenguas:

— La formación primera, pero completa, de su estructura orgánica.

— Las variaciones debidas a añadidos ajenos, hasta que las lenguas vuelven a alcanzar una situación de estabilidad.

— Su perfeccionamiento formativo, que les otorga mayor finura, una vez que su delimitación (frente a otras lenguas) y su estructura de conjunto están ya fijas y son inalterables.

Los dos primeros momentos no cabe disociarlos con seguridad. El tercero, en cambio, funda una diferencia esencial y decisiva. El punto que lo separa de los otros dos es el punto de la organización acabada; en él la lengua se encuentra ya en posesión y en libre uso de todas sus funciones y después de él no consiente ya más modificaciones en su estructura propiamente dicha. En las lenguas hijas del latín, así como en el griego moderno y en el inglés —este último es uno de los fenómenos más instructivos en lo referente a la posibilidad de que una lengua se componga de elementos muy heterogéneos y uno de los más agradecidos objetos de la investigación lingüística— cabe incluso efectuar un seguimiento histórico del período de organización y averiguar hasta cierto punto el grado de acabamiento; la lengua griega la encontramos, ya en su primera aparición, en un grado de acabamiento que no nos es conocido en ninguna otra, y a partir de ese momento recorre, desde Homero hasta los alejandrinos, una senda de progresivo perfeccionamiento formativo; la lengua romana la vemos reposar, por así decirlo, durante algunos siglos, antes de que en ella comience a resultar visible una cultura más refinada y científica.

9. La disociación aquí ensayada da lugar a dos partes distintas en el estudio comparado de las lenguas; y de que ambas sean tratadas por igual depende que ese estudio sea completo. La diversidad de las lenguas es el asunto que aquí vamos a trabajar; debemos hacerlo a partir de la experiencia y de la mano de la historia, debemos estudiar esa diversidad en sus causas y en sus efectos, así como también en su relación con la naturaleza, destinos y fines de la humanidad. La diversidad de las lenguas se presenta, empero, en una doble figura: por un lado, como fenómeno de la historia natural, como consecuencia inevitable de la diversidad y separación de los pueblos, como obstáculo a la unión inmediata del género humano; por otro, como fenómeno de la teleología del entendimiento, como medio de formación de las naciones, como instrumento de una multiplicidad más rica y de una peculiaridad más grande de los productos intelectuales, como artífice de una unión de la parte culta del género humano, unión que está basada en el sentimiento recíproco de la individualidad y que por ello mismo es más íntima. Este último fenómeno es propio únicamente de la Edad Moderna; la Antigüedad lo conoció tan sólo en la unión de la literatura griega y la romana; pero como esas dos literaturas no florecieron al mismo tiempo, lo conoció sólo de manera imperfecta.

10. Por mor de la brevedad, y pasando por alto la pequeña inexactitud que resulta del hecho de que el perfeccionamiento formativo de una lengua influye también en su organismo ya consolidado, así como en el hecho de que éste mismo puede haber experimentado los efectos de aquél antes incluso de haber llegado a tal situación, voy a designar las dos partes arriba descritas del estudio comparado de las lenguas del modo siguiente:

— la investigación del organismo de las lenguas, y
— la investigación de las lenguas en la situación de su perfeccionamiento formativo.

El organismo de las lenguas brota de la facultad universal y de la necesidad universal de hablar que el ser humano posee y procede de la totalidad de la nación; la cultura de una nación singular depende, en cambio, de disposiciones y destinos especiales y en gran parte se basa en individuos que van surgiendo en ella uno tras otro. El organismo de las lenguas pertenece a la fisiología del hombre intelectual; el perfeccionamiento formativo, por el contrario, a la serie de las evoluciones históricas. El análisis de las diversidades de organismo lleva a medir y examinar el área del lenguaje y la capacidad de lenguaje del ser humano; la investigación en la situación de la cultura superior lleva a conocer la consecución de todos los fines humanos mediante la lengua. Los estudios del organismo exigen una comparación continuada, hasta donde sea posible; la indagación de la marcha del perfeccionamiento

formativo requiere concentrarse en la misma lengua y adentrarse en sus peculiaridades más finas; de ahí que lo primero exija extensión de la investigación, mientras que lo segundo demanda profundidad. En consecuencia, quien de veras desee enlazar estas dos partes de la ciencia del lenguaje, habrá de ocuparse, desde luego, de lenguas muy dispares, más aún, si ello fuera posible, habrá de ocuparse de todas las lenguas, pero tendrá que partir siempre del conocimiento preciso de una sola o de unas pocas. Los fallos en esto último son castigados de manera más sensible que las lagunas en la totalidad, nunca alcanzable por entero. Trabajado de ese modo, el estudio empírico comparado de las lenguas podrá mostrar las diversas maneras en que el ser humano ha hecho realidad el lenguaje, la parte del mundo de los pensamientos que ha conseguido llevar a él, el modo en que la individualidad de las naciones actúa sobre la lengua y el modo en que esta última vuelve a operar sobre aquélla. Pues los cuatro objetos que la investigación comparada de las lenguas ha de considerar en su conexión recíproca son los siguientes: la lengua; los fines del ser humano que mediante ella pueden alcanzarse; el género humano en su evolución progresiva; y, por último, las naciones singulares.

11. Todo lo concerniente al organismo de las lenguas me lo reservo para un trabajo detallado que he emprendido sobre las lenguas de América. Las lenguas de un gran continente, de un continente que ha estado habitado y recorrido por múltiples poblaciones y del cual es dudoso incluso que alguna vez haya estado unido con otros, ofrece un objeto muy favorable para esta parte de la lingüística. Aun contando sólo aquéllas de las que poseemos noticias bastante detalladas, encontramos allí una treintena de lenguas que todavía son en realidad completamente desconocidas y a las que podemos considerar como otras tantas nuevas especies naturales; a esas treinta lenguas habrá que añadir un número mucho mayor de otras de las que no tenemos otra cosa que datos incompletos. De ahí que sea importante analizar con detenimiento todas

ellas. Pues lo que sigue faltándole a la lingüística general es esto: una penetración suficiente en el conocimiento de las lenguas singulares. Sin eso será escasa la ayuda que podrá aportar la comparación de las lenguas, por muy grande que sea el número de las comparadas. Se ha considerado suficiente con señalar peculiaridades singulares divergentes en la gramática y con comparar entre sí listas de palabras más o menos extensas. Pero también el dialecto de la más tosca de las naciones es una obra demasiado noble de la Naturaleza como para que la rompamos en pedazos tan casuales y la presentemos de manera fragmentaria a la consideración. Ese dialecto es un ser orgánico y hemos de tratarlo como tal. De ahí que la primera regla sea estudiar antes que nada cada lengua conocida en su conexión interna, perseguir y ordenar sistemáticamente todas las analogías que en ella quepa encontrar, con el fin de llegar a conocer así, de manera intuitiva, el enlace gramatical de las ideas que en ella existen, la extensión de los conceptos designados, la naturaleza de esa designación y el impulso espiritual más o menos vivo que la acompaña y que tiende hacia la ampliación y el refinamiento.

Pero, además de esas monografías de las lenguas en su conjunto, la lingüística comparada demanda otras monografías de partes singulares de la estructura lingüística, del verbo por ejemplo, a través de todas las lenguas. Lo que mediante ellas debe buscarse y enlazarse son todos los hilos de la conexión; algunos de tales hilos se extienden, por así decirlo, a lo ancho, a través de las partes homogéneas de todas las lenguas, pero también hay otros hilos que se extienden a lo largo, a través de las distintas partes de cada lengua. Los primeros reciben su orientación de la identidad en todas las naciones de la necesidad de lenguaje y de la facultad de lenguaje; los segundos, de la individualidad de cada nación. Esa doble conexión permite conocer la extensión de las diversidades con que el género humano forma el lenguaje y la coherencia con que un pueblo singular forma su propia lengua; y ambas cosas, el lenguaje y el carácter lingüístico de las naciones,

se presentan a una luz muy clara cuando hemos visto realizada en formas individuales tan múltiples la Idea del lenguaje y, al mismo tiempo, hemos visto contrapuesto el carácter lingüístico de las naciones a la universalidad y a sus géneros próximos. Sólo de ese modo cabrá dar una respuesta radical a la importante cuestión de si es posible, y cómo lo es, clasificar las lenguas por su estructura interna, más o menos como las familias de las plantas.

Lo dicho hasta aquí, por muy profundos que sean los atisbos que en ello se encierren, no es, con todo, más que una mera conjetura si no es sometido a un examen empírico más riguroso. Pues la lingüística de que aquí estamos hablando habrá de apoyarse únicamente en hechos, y, claro está, no en hechos coleccionados de manera unilateral e incompleta. También para juzgar si las naciones proceden unas de otras en lo referente a sus lenguas es preciso encontrar los principios básicos mediante un análisis preciso, que aún nos falta, de las lenguas y dialectos cuyo parentesco esté ya probado históricamente por otras vías. Hasta que no avancemos, también en este campo, de lo conocido a lo desconocido, nos encontraremos en una senda resbaladiza y peligrosa.

12. Mas, aunque investiguemos de manera muy exacta y completa las lenguas en su organismo, es su uso el que decide lo que ellas pueden llegar a ser mediante éste. En efecto, lo que el uso adecuado conquista al área de los conceptos vuelve a operar a su vez sobre éstos, enriqueciéndolos y configurándolos. Son, por tanto, esas investigaciones, que de modo completo sólo cabe efectuar en las lenguas cultas, las que muestran la idoneidad de éstas para alcanzar los fines de la humanidad. La clave de bóveda de la lingüística, su punto de unión con la ciencia y el arte, reside, pues, en esto. Mientras no hayamos llevado la lingüística hasta ese punto, mientras no hayamos considerado la diversidad de organismo con las miras puestas en indagar la capacidad de lenguaje en sus aplicaciones más excelsas y variadas, el conocimiento de un gran número de lenguas será fecundo a lo sumo para

indagar la estructura del lenguaje en general y para efectuar investigaciones históricas singulares, pero no sin razón asustará al espíritu y lo disuadirá de aprender multitud de formas y sonidos que a la postre conducen siempre a la misma meta y significan lo mismo, sólo que con timbres diferentes. Prescindiendo del uso inmediato para la vida, el único estudio de lenguas que conserva importancia es el de aquéllas que poseen una literatura, y tal estudio está subordinado a la atención prestada a ésta. Tal es el punto de vista, muy correctamente adoptado, de la filología, en la medida en que cabe contraponerla al estudio general de las lenguas. Este estudio se llama así porque trata el lenguaje en general, no porque pretenda abarcar todas las lenguas; a esto último es forzado, antes bien, únicamente con vistas a aquel fin.

13. Pero si ahora somos empujados de ese modo hacia las lenguas cultas, lo primero que hay que preguntar es lo siguiente: ¿es cada una de las lenguas capaz de idéntica cultura significativa o es capaz sólo de alguna?, ¿hay formas lingüísticas que hubieron de ser destruidas antes de que las naciones pudieran alcanzar mediante el discurso los fines superiores de la humanidad?

Desde luego, yo estoy plenamente convencido de ello, hemos de ver el lenguaje como algo situado inmediatamente en el ser humano; pues en modo alguno cabe explicarlo como obra producida por su entendimiento a la claridad de la consciencia.

De nada sirve conceder milenios y más milenios para su invención. Si su tipo no preexistiese en el entendimiento humano, no cabría inventar el lenguaje. Para que el hombre comprenda de verdad una sola palabra, para que la comprenda no como un mero estímulo sensible, sino como un sonido articulado que designa un concepto, para eso es menester que en él preexista el lenguaje en su totalidad y en su conexión. No hay en el lenguaje nada que esté aislado, cada uno de sus elementos se presenta únicamente como parte de una totalidad. De igual manera que resulta muy natural la hipótesis de un perfecciona-

miento formativo de las lenguas, así también la invención de éstas no pudo acaecer más que de un solo golpe. Sólo por el lenguaje es hombre el hombre, mas para inventarlo tenía ya que serlo.

Es cierto que hay quien se figura que esto pudo ir ocurriendo poco a poco, gradualmente, por rondas, por así decirlo; hay quien se figura que gracias a una parte más de lengua inventada pudo el hombre llegar a ser más hombre y que gracias a tal incremento pudo él, a su vez, inventar más lengua; también hay quien desconoce la indisociabilidad de la consciencia humana y la lengua humana, así como la naturaleza de la operación intelectual que se requiere para concebir una única palabra.

No por eso es lícito, sin embargo, imaginar la lengua como algo dado de manera acabada; si así fuera, tampoco cabría concebir cómo el ser humano podría comprender la lengua dada y servirse de ella. La lengua emerge necesariamente del hombre mismo y, además, emerge de él poco a poco, pero lo hace de tal manera que su organismo no yace desde luego como una masa inerte allá en la oscuridad del alma, sino que condiciona como ley las funciones de la fuerza del pensar; en consecuencia, la primera palabra hace resonar ya, y presupone, la lengua entera. De ahí que, si con algo cabe comparar eso que en realidad no tiene igual en toda el área de lo pensable, es del instinto natural de los animales de lo que podemos acordarnos, y al lenguaje podemos llamarlo un instinto natural de la razón.

De igual manera que no cabe explicar el instinto de los animales por sus disposiciones espirituales, así tampoco es posible dar cuenta de la invención de las lenguas recurriendo a los conceptos y a la facultad de pensar de las naciones toscas y salvajes que fueron sus artífices. De ahí que yo nunca haya podido hacerme a la idea de que una estructura lingüística que esté dotada de una gran coherencia y que sea muy artificiosa en su pluralidad deba presuponer una gran ejercitación en el pensar y ser prueba de una cultura anterior perdida. Del más tosco estado de naturaleza puede surgir una lengua como ésa,

la cual es, sí, producto de la Naturaleza, pero de la naturaleza de la razón humana. Coherencia, uniformidad, y ello incluso en una estructura compleja, son en todos los sitios la impronta que llevan grabada los productos de la Naturaleza, y la dificultad de hacerlos brotar no es la principal. La verdadera dificultad de la invención de la lengua no está tanto en la coordinación y subordinación de una multitud de circunstancias interrelacionadas cuanto en la insondable profundidad de la sencilla operación del entendimiento que en general se requiere para comprender y hacer surgir la lengua aun en uno solo de sus elementos. Una vez dado eso, todo lo demás se sigue por sí mismo, y no puede aprenderse, sino que es menester que preexista originariamente en el ser humano.

Pero el instinto de los hombres se halla menos sujeto que el de los animales y deja espacio a la influencia de la individualidad. De ahí que la obra producida por el instinto de la razón pueda florecer en una perfección mayor o menor, mientras que el producto del instinto animal conserva una uniformidad más persistente; y no es contradictorio con el concepto de lengua el que algunas, en el estado en que se nos aparecen, sean realmente incapaces de un perfeccionamiento formativo acabado. La experiencia de traducciones de lenguas muy dispares, así como el uso de lenguas muy toscas e incultas para instruir con ellas en las doctrinas más misteriosas de una religión revelada, muestran ciertamente que en cada una de las lenguas cabe expresar toda una serie de ideas, bien que con éxitos muy diversos. Pero esto es mera consecuencia del parentesco universal de las lenguas y de la ductilidad de los conceptos y de sus signos. Lo único que aporta pruebas en favor de las lenguas mismas y de su influencia sobre las naciones es lo que surge naturalmente de ellas; no aquello a lo que son forzadas, sino aquello a lo que por sí mismas invitan y animan.

14. Será el examen histórico el que habrá de investigar en concreto las razones de la imperfección de algunas lenguas. Pero yo he de abordar aquí una cuestión diferen-

te, a saber: si hay alguna lengua que esté madura para una formación acabada antes de haber atravesado ya varias situaciones intermedias, precisamente aquellas situaciones que de tal modo rompen el modo originario de representar que ya no está del todo claro el significado inicial de los elementos. Ello resulta verosímil tanto por la notable observación de que la coherencia es una propiedad característica de las lenguas toscas, mientras que en las cultas lo es la anomalía en muchas partes de su estructura, cuanto por razones sacadas de la naturaleza misma del asunto.

El principio que domina en la totalidad de la lengua es la articulación; en cada una de las lenguas, la más importante de sus excelencias es una articulación sólida y ágil; pero esto tiene como presupuesto unos elementos simples y en sí mismos indivisibles. La esencia de la lengua consiste en verter la materia del mundo fenoménico en el molde de la forma de los pensamientos; todas sus aspiraciones son formales. Y dado que las palabras están en lugar de los objetos, es menester también que a las palabras en cuanto materia se les oponga una forma a la cual estén sujetas. Ahora bien, son precisamente las lenguas primitivas las que acumulan una multitud de determinaciones en el mismo grupo silábico y las que son visiblemente deficientes en el dominio de la forma. El sencillo secreto de tales lenguas, un secreto que indica la vía que siempre será preciso seguir para descifrar su enigma, olvidándonos completamente de nuestra gramática, es el siguiente: que alinean inmediatamente lo que es significativo en sí. La forma es añadida mentalmente, o bien viene dada por una palabra que en sí está dotada de significado y a la que también se toma como tal, por lo que, en consecuencia, la forma viene dada como materia.

En el segundo gran nivel del avance, el significado material cede ante el uso formal y ahí es donde se generan las palabras dotadas de un significado gramatical y, por tanto, formal. Pero la forma es indicada únicamente en aquellos sitios donde viene exigida por una circunstancia inherente al sentido del discurso, es indicada únicamente

en aquellos sitios donde, por así decirlo, viene exigida por la materia, y no en aquéllos donde viene exigida formalmente por el enlace de las ideas. Sin duda el plural es pensado como una multiplicidad, pero el singular no es pensado exactamente como una cosa única, sino sólo como el concepto en general; el verbo y el nombre coinciden en aquellos casos en que no es precisamente la persona o el tiempo lo que hay que expresar; la gramática no ejerce todavía su imperio sobre la lengua, sino que aparece tan sólo en el caso de que se tenga necesidad de ella.

Al tercer nivel se ha ascendido tan sólo cuando ningún elemento es pensado ya como huérfano de forma y cuando la materia como tal es vencida totalmente en el discurso; mas ese nivel, si es entendido como aquél en el cual hay en cada uno de sus elementos una indicación audible de la forma, es un nivel al que apenas llegan las lenguas más cultas, aun cuando sea él aquello en que se basa la posibilidad de una euritmia arquitectónica en la estructura de los períodos. A mí no me es conocida ninguna lengua, ni siquiera en su acabamiento supremo, cuyas formas gramaticales no sigan llevando en sí rastros inconfundibles de la originaria aglutinación silábica.

Así, pues, en tanto la palabra, en el nivel inferior, aparezca compuesta con su modificación y no como modificada en su sencillez, faltará la fácil divisibilidad de sus elementos y el espíritu será oprimido por la torpeza del significado con que cada partícula básica se presenta, no siendo estimulado al pensar formal por el sentimiento de lo formal. El ser humano, próximo todavía al estado de naturaleza, fácilmente lleva también demasiado lejos un modo de representar, una vez que lo ha adoptado; piensa cada objeto y cada operación con todas sus circunstancias concomitantes, transfiere esas cosas a la lengua y luego vuelve a quedar avasallado por ésta, ya que en ella el concepto viviente queda congelado, reducido a mero cuerpo.

Un medio sumamente eficaz de reducir esto a sus verdaderas dimensiones y de disminuir la fuerza de lo que tiene un significado material es el entrecruzamiento de